

Discurso inaugural.

Décimo Congreso Nacional de Ciencia Política

Rafael Velasco, sj *

Es un gusto recibirlos en esta casa para la realización de este décimo congreso de la Sociedad Argentina de Análisis Político, bajo el título: “Democracia, integración y crisis en el nuevo orden global. Tensiones y desafíos para el análisis político”.

Este congreso tiene como sede esta Universidad: una universidad de la Iglesia Católica, confiada a la Compañía de Jesús, por lo tanto animada por un espíritu particular.

Permítanme, por eso, a modo de presentación compartir con ustedes algunas reflexiones sobre dos temas que nos interesan particularmente: la relación entre fe y política y —además— el compromiso social de las universidades. Por cierto que son reflexiones sesgadas por mi propia especialidad —la teología— y mi particular perspectiva del mundo universitario.

Relaciones Fe y Política

Las relaciones de la fe y la política —particularmente en nuestro país— han sido desde todo punto de vista, complejas: no ha habido gobierno que no debiera tener en cuenta como interlocutor de peso a la jerarquía católica. No ha habido, lamentablemente, gobierno de facto, que no contara con la anuencia —cuando no la participación directa— de la jerarquía católica. No

* Rector de la Universidad Católica de Córdoba.

es casualidad —al menos en nuestro país— que las autoridades eclesiales estuvieran detrás de cuanto golpe militar ha habido y no sólo eso, sino que laicos formados por la Iglesia han aportado la masa crítica de funcionarios a estos regímenes antidemocráticos.

En Argentina aún es muy difícil de aceptar —en ciertas instancias jerárquicas y en cierto laicado clericalizado— que la Iglesia es una identidad más junto a otras identidades diversas y que su palabra puede aportar a la construcción social, pero no puede pretender ser una suerte de autoridad moral irrefutable.

La Iglesia tiene como misión anunciar el Reino de Dios inaugurado en Jesús. Al anunciar la llegada del Reino de fraternidad —proclamado por Jesús— hace ver, sin evasiones, lo que está en la raíz de la injusticia social: el rompimiento de una fraternidad basada en nuestra situación de hijos de un mismo Padre; anunciar el Evangelio de Jesús debería hacer evidente esta alienación fundamental (la ruptura de la fraternidad) que yace bajo toda otra alienación.

En América latina, ser Iglesia hoy quiere decir tomar una clara posición respecto de la actual situación de injusticia y exclusión social. El primer paso debe consistir en reconocer —dolorosamente— que a pesar de ser una de las instituciones con mayor credibilidad, en realidad, hay ya una postura tomada: la Iglesia se halla vinculada al sistema social vigente. Contribuye —lamentablemente— en muchos lugares a sacralizar un estado de cosas alienante, justificando a veces la violencia fratricida de los poderosos contra los débiles. La protección que ha recibido durante mucho tiempo (y aún recibe en muchos casos) de la clase social usufructuaria y defensora del modelo capitalista imperante, ha hecho de la Iglesia institucional una pieza del sistema, y del mensaje cristiano (o de su versión domesticada) un componente de la ideología dominante.

No obstante amplios sectores de la Iglesia estamos comprometidos en dar a luz otra praxis eclesial comprometida con los procesos de liberación, una praxis que termine influyendo en una auténtica conversión institucional.

Hecha esta primera reflexión autocrítica quisiera avanzar un poco más en la relación fe y política:

Afirmar una relación directa e inmediata entre la fe y la acción política lleva fácilmente a pedirle a la primera, normas y criterios para determinadas opciones políticas. Estas opciones, para ser realmente eficaces, deberían partir de análisis racionales de la realidad. Se crean —sin estos análisis racionales— confusiones que pueden desembocar en un peligroso mesianismo político-religioso que no respeta suficientemente ni la autonomía del

campo político, ni lo que corresponde a una fe auténtica, liberada de lastres religiosos. Como Paul Blanquart ha recordado, el mesianismo político religioso es una reacción arcaizante a una situación nueva, a la que no se es capaz de enfrentar con la actitud y los medios apropiados. Se trata por eso de un movimiento “infrapolítico” y que “no corresponde tampoco a la fe del cristianismo”.¹

Por otra parte, afirmar que la fe y la acción política no tienen nada que decirse es sostener que se mueven en planos yuxtapuestos sin relación entre ellos. Partiendo de esta aseveración o habrá que hacer acrobacias verbales para mostrar —sin lograrlo— cómo la fe debe concretarse en el compromiso por una sociedad más justa, o la fe termina coexistiendo, del modo más oportunista, con cualquier opción política.

La fe y la acción política no entran en relación correcta y fecunda sino a través del proyecto de creación de un nuevo tipo de hombre en una sociedad distinta (una Utopía). Ese proyecto es el trasfondo de la lucha por mejores condiciones de vida. La liberación política se presenta como un camino hacia una utopía de un hombre más libre, más humano, protagonista de su propia historia. “Sólo la utopía —afirma P. Ricoeur— puede dar a la acción económica, social y política un enfoque humano”. La pérdida de la utopía hace caer en el burocratismo y el sectarismo, en nuevas estructuras opresoras del hombre.²

Tal vez el mejor servicio que puede prestar el mundo de la fe a la política hoy sea mantener vivo el aguijón utópico para que la política no termine siendo —lo que ya es— sólo una praxis para hacerse con el poder y conservarlo a toda costa.

Juan Bautista Metz afirma que “toda Teología es política”; es decir que toda reflexión acerca del acto de fe, tiene consecuencias prácticas, públicas y comunitarias, es decir políticas. Por eso, todo pretendido “apoliticismo” —caballo de batalla de los sectores conservadores— no es sino un subterfugio para dejar las cosas como están. Para evitar cualquier compromiso con el cambio y la transformación social desde sus causas.

La Iglesia en su praxis y en su reflexión siguiendo esta lógica, debe comprometerse, ser política. De lo contrario se transforma en una institución alienante, porque aísla o saca del mundo. Y —en realidad— según el man-

¹ L'acte de croire et l'action politique: LV 98 (1970) 25.

² Gustavo GUTIÉRREZ desarrolla más detenidamente este tema en el capítulo sobre “Escatología y política”; *Teología de la Liberación. Perspectivas*; 16ª edición, Ed. Sígueme, Salamanca 1999.

dato del mismo Jesús: es aquí —en este mundo— en donde debemos ir construyendo el reino de Dios y su Justicia.

En todo caso su reconocimiento social y su autoridad debe volcarlas a favor de los que más sufren, a favor de la liberación de los oprimidos. La misión de la Iglesia en la sociedad y de cara a la política es ser signo de lo que la humanidad está llamada a ser: una familia en la que sea posible la fraternidad, porque todos somos hijos del mismo Padre. Esto significará hacer opciones claras y un involucramiento de las instituciones eclesiales en los problemas sociales, políticos y culturales.

Universidad y compromiso social

Ahora bien, mientras la realidad es la que es, los Universitarios ¿a qué nos dedicamos? el análisis político ¿a qué se dedica? ¿A la excelencia académica? Michel Freyssenet —del CNR francés— afirma provocadoramente que “la idea de considerar la universidad como un polo de excelencia es ridícula, escandalosa y excluyente. No son polos de excelencia lo que se necesita, sino polos de cuestionamiento capaces de poner en marcha la inteligencia, la imaginación y el trabajo de los investigadores”. ¿Qué clase de academia estamos promoviendo las universidades? ¿Qué ciencia producimos los universitarios? El conocimiento nunca es neutral.

Ignacio Ellacuría —jesuita discípulo de Xavier Zubiri— (quien fuera rector de la Universidad Centroamericana Simeón Cañas, asesinado en 1989) decía que la inteligencia lo que hace es, fundamentalmente, aprehender la realidad, tratar de captar lo real. Lo que hace la inteligencia es aprehender la realidad y enfrentarse con ella. Este proceso tiene tres dimensiones que él llama el “inteligir de la liberación”. Estas dimensiones son: *hacerse cargo* de la realidad, *encargarse* de la realidad y *cargar* con la realidad.³

En primer lugar, él dice *hacerse cargo*. Es el momento teórico. Hacerse cargo tiene que ver con un pensamiento encarnado, contextualizado. No se teoriza en el aire, sino haciéndose cargo de lo real con toda su ambigüedad y crudeza. Se estudia la ciencia política en nuestro contexto particular. Ese contexto afecta y condiciona lo que se aprende. No hay teoría fuera de la realidad. Esto debería afectar de algún modo los contenidos, las perspectivas, los casos de estudio, los modelos deseables, los paradigmas, los mo-

³ Sobre esto se puede leer: I. ELLACURÍA; *Superación del reduccionismo idealista; Estudios Centroamericanos* (ECA) N°. 477 – 1988. También I. ELLACURÍA; *Aproximación a la obra completa de Xavier Zubiri*; (ECA) N^{os} 421 – 422 – 1983.

dos de enseñar y aprender, las preguntas a realizarse respecto del ejercicio de la profesión.

En segundo lugar, dice Ellacuría, que además de hacerse cargo, la inteligencia tiene que *encargarse de la realidad*, tiene que encargarse de ponerle una dirección, un color, unas expectativas, un horizonte; tiene que hacer algo con la realidad para que esa misma realidad vaya llegando a ser lo que debiera ser. Esa es la dimensión práctica. Lo aprendido tiene valor por sí mismo, porque se aumenta el mundo del conocimiento. Pero por otro lado, ese conocimiento, se enfrenta con la realidad y debería tender a orientarla para que sea mejor para todos.

Y en tercer lugar dice Ellacuría, que al ser humano no se le dio la inteligencia sólo para aprender muchas cosas sino para *cargar también con la realidad*. Si se asume la realidad desde y en la que se da el proceso de producción y transmisión del conocimiento, hay que asumir que ésta se resiste al cambio. La realidad pesa. El que quiera encargarse de la desigualdad para que deje de serlo va a ver muy pronto que tiene que cargar con algo: con la reacción de quienes quieren que la exclusión y la desigualdad sigan, y de esos hay muchos. No hay cambios reales sin compromiso.

Entonces, desde esta perspectiva, me pregunto: ¿alcanza con la reflexión y el análisis político?

Nuestra Universidad intenta comprometerse cada vez más con este contexto en su docencia, investigación y su proyección social. Ejemplos abundan y no es el caso mencionarlos aquí. Esta acción comprometida de nuestra universidad en causas sociales y en los problemas de barrios periféricos de Córdoba, por ejemplo, nos enseña que el análisis sin compromiso puede ser una fuente de cinismo. En Villa Obispo Angelelli, uno de los miembros de la comunidad me decía: “acá cuando llegan las elecciones, el barrio se llena de punteros, de chapas y bolsones, y algunos por \$50 votan a Khadafí”. Esta es la realidad. Esa y la de la droga que mueve la política en grandes franjas del Conurbano Bonaerense, la ausencia del Estado en amplios sectores, o su precaria presencia a través de los punteros políticos que lo representan; partidos políticos vacíos de democracia interna, de escuelas de formación, de contenidos ideológicos creíbles; la formalidad de proceso de generación de candidaturas que se hacen no ya de abajo, hacia arriba con elecciones internas, sino desde arriba hacia abajo desde los liderazgos encastrados con sus mesas chicas y todos pendientes del dedo y la chequera prodigiosa. La política que se hace a fuerza de actos pagados, piquetes y presiones de las corporaciones (que son las que se benefician de partidos políticos débiles); la política espectáculo que se da en los medios bajo la lógica impuesta por las empresas mediáticas; esa política real sin dudas es de

la que debe hacerse cargo la reflexión y el análisis universitario. Ahora bien si sólo se hace el análisis, decíamos, no veo cómo no caer en el cinismo académico que describe la realidad, elabora teorías y luego no aporta compromiso. Se hace necesario también, en términos de Ellacuría, encargarse de esa realidad y cargar con la realidad.

Creemos que el centro de la universidad está fuera de la universidad. Si nuestras lógicas académicas no logran franquear las a veces férreas fronteras que nuestras instituciones establecen con sus estándares de investigación planteados sólo para papers internacionales sin mucha incidencia local, si no rompemos la lógica de que hace extensión el que puede y quiere, con el tiempo que le sobra, y no asumimos que el conocimiento debe ser producido desde la realidad y para mejorar la realidad no ya como una mera “extensión” de la universidad sino como un compromiso de la universidad con su realidad, si nuestra docencia es una suerte de teoría académica sin correlato con lo real, entonces las universidades seremos instrumento de alienación y no de liberación.

Les auguro un muy provechoso congreso y les reitero la bienvenida a esta Universidad, la Universidad Católica de Córdoba, universidad jesuita.